

misma influencia de Gorgias parece haberse hecho en ellas más ó menos sensible. En el discurso *Sobre los flatos*, particularmente, muéstrase más claro quizá que en ningún otro escrito de cuantos la antigüedad nos ha transmitido, el amor á la consonancia y al ritmo ¹⁾).

¹⁾ Véase *loc. cit.*, t. 6, p. 92: τῶν δὲ δὴ νούσων ἀπασέων ὁ μὲν τρόμος ὁ αὐτός, ὁ δὲ τόπος διαφέρει. *Ibid.*, 3, p. 94: ἄνεμος γὰρ ἐστὶν ἥερος βέδυμα καὶ χεῦμα, 8, p. 102: πέπληνται γὰρ αἱ φλέβες ἥερος, πλησθεῖσαι δὲ καὶ πρησθεῖσαι, 10, p. 106: ἦν μὲν οὖν ἐπὶ τὴν ὄψιν ἔλθῃ, ταύτης ὁ πόνος ἦν δὲ ἐς τὰς ἀκοάς, ἐνταῦθα ἡ νοῦσος ἦν δὲ ἐς τὰς βίνας, κόρυζα γίνεται ἦν δὲ ἐς τὰ στέρνα, βράγχος καλέεται.

CAPITULO XLI

Jenofonte.

No es sólo la casualidad lo que ha decidido en la suerte de las producciones literarias de la Grecia. Excepción hecha de un corto número de escritos, los que hoy subsisten deben principalmente su conservación á la predilección que en el transcurso del tiempo se ha ido dispensando á determinadas producciones de cada uno de los dos grandes géneros literarios: la poesía y la prosa. Para las obras en prosa, fué, sobre todo, decisivo el gusto que casi desde el comienzo de nuestra Era, empezó á imperar gracias al influjo de las escuelas de los retóricos. Merced á éstas, sobrevivieron aquellos escritores que no tardaron en ganarse por completo el interés general, contribuyendo, por ende, al estado en que había caído ya en la época bizantina la anterior riqueza literaria.

Si la selección de esta suerte realizada ha sido siempre justa, y sobre todo, si fué la que nosotros hoy juzgaríamos como la más apetecible, es, por razones fáciles de comprender, cuestión muy difícil de contestar. Ahora bien; sin profundizar mucho en esta materia, debemos llamar la atención sobre dos puntos cuya importancia es tanto mayor, cuanto que nuestra propia opinión ha de depender necesariamente, en no pequeña parte, del juicio que formaron los antiguos. Ante todo, es indudable que este juicio fué á menudo parcialísimo, pues que su verdadero regulador era un interés meramente formal, siempre ajustado á una determinada tendencia. Mas quizá trajo consigo aun peores resultados la circunstancia de que, en realidad, el objeto de la general predilección en aquella época no eran las obras sobresalientes por su forma ó por su contenido, sino más bien cierto número de escritores. Este hecho explica el origen y formación de las colecciones que los antiguos nos han transmitido. Al esforzarse por reunir y coleccionar, sin género alguno de crítica, todo cuanto, con razon ó sin ella, se atribuía á un escritor cualquiera, sucedió

que, al lado de obras indudablemente suyas, conservaron considerable número de escritos, los cuales sólo gracias á su supuesto origen, lograron sustraerse á la suerte de que no se pudieron librar tantos otros á todas luces mejores.

Un ligero examen de las obras que en definitiva han llegado hasta nosotros, entre las muchas que produjo el movimiento intelectual despertado por Sócrates, confirmará la perfecta exactitud de estas observaciones. ¡Cuán distinto sería el conocimiento que hoy tenemos de la vida intelectual de aquella época, si nos fuera posible escoger, de entre los tesoros literarios acumulados en la Biblioteca de Alejandría hacia mediados del siglo III antes de la Era cristiana, las obras que con mayor claridad pudieran dar á conocer las distintas tendencias, las mutuas relaciones de los socráticos y las luchas por ellos empeñadas! Desgraciadamente, las consideraciones que lo mismo el historiador de la Literatura que el de la Filosofía tienen hoy ante todo en cuenta, eran perfectamente ajenas á las ideas de los antiguos; así se explica que sólo dos escritores de aquella escuela, hayan sido los que en definitiva cautivaron su atención. Si dejamos á un lado los tres diálogos verosímilmente sin razon atribuídos á Esquines, de los cuales ya hemos hablado, y la llamada *Tabla* de Cebes, en realidad de importancia escasa, sólo se ofrecen á nuestro estudio las dos colecciones que con los nombres de Jenofonte y de Platon han llegado hasta nosotros:

Esta circunstancia basta por sí sola, para explicar el por qué hemos de consagrar á estos dos hombres atención más detenida que á los demás socráticos. Mas si en lo que respecta á Platon semejante interés estaría completamente justificado por su significación é importancia, muy superiores á las de sus colegas, acaso no acontece lo mismo con Jenofonte. Como filósofo, Jenofonte es muy inferior no sólo á Platon, sino á muchos de sus contemporáneos; y aun como escritor, es muy dudoso si gozó en su época una influencia análoga á la que ejerció, por ejemplo, Antístenes. En cambio, en tiempos posteriores, la suerte más propicia, al asignarle un puesto eminente entre los representantes del aticismo, aseguróle en la Historia de la Literatura una importancia que quizá no cuadraba por completo á la que en realidad merecía.

Si prescindimos de las noticias que hallamos en declaraciones meramente incidentales del mismo Jenofonte, todo cuanto se re-

fiere á su persona es por extremo incierto. Aun en las postrimerías de la Edad Antigua, parece que no se conservaban ya de su vida otros pormenores, si se exceptúa un discurso en que un joven contemporáneo de Demóstenes, el orador Dinarco, parece tuvo ocasión de tratar detenidamente hechos relacionados con Jenofonte ¹⁾.

Sentados estos precedentes, no nos admirará que tropiece con grandísimas dificultades el que intente determinar con exactitud la época de su nacimiento. Si la noticia que encontramos así en el geógrafo Estrabon ²⁾ como en la biografía, por cierto muy incompleta, que Diógenes Laercio dedica á Jenofonte ³⁾, de que este último fué librado por Sócrates de caer prisionero en la batalla de Delion; si tal noticia, repito, fuera exacta, en el año en que se libró aquella batalla, 1 de la 89.^a Olimpiada, 424 a. Chr., Jenofonte contaría próximamente veinte años. Tal creencia, sin embargo, es por más de un concepto inadmisibile. En primer término, semejante hecho no se halla citado ni por el mismo Jenofonte ni por Platon, á pesar de que este último habla en diversas ocasiones del supuesto papel desempeñado por Sócrates en la batalla de Delion ⁴⁾. Pero aun más que este silencio, pugna contra la exactitud de aquel dato, la completa imposibilidad de armonizar con él toda una serie de noticias que el mismo Jenofonte nos trasmite acerca de su edad ⁵⁾. Ante todo, es difícil de creer que hasta cumplidos los cuarenta años no pensara en buscar la profesión que más convenía á su carácter, como necesariamente habría sucedido en la hipótesis de que naciera el año 444, a. Chr. Por otra parte, lo mismo el puesto secundario que ocupó al comenzar la expedición organizada por Ciro, que sus relaciones con Proxeno, quien á la sazón contaba apenas treinta años, parecen justificar la opinión de que en aquella época Jenofonte era más

¹⁾ Se halla citado en Diógenes Laercio, 2, 52, y titulábase πρὸς Ξενοφῶντα ἀποστασίου.

²⁾ Libro 9, 2, 7.

³⁾ Libro 2, 22.

⁴⁾ Laques, p. 18r, a: Cármides en el *Banquete*, p. 221, a. Este último pasaje parece haber dado margen á la leyenda relativa á Jenofonte.

⁵⁾ *Anabasis*, 3, 1, 14, 25. 6, 4, 25. 7, 3, 46. No es, en cambio, aplicable á este caso lo que se dice en el pasaje 7, 3, 38 de la misma *Anabasis*. Véase sobre este particular y sobre otras cuestiones relativas á la vida de Jenofonte, á Cobet, *Notvae lect.*, p. 535 y ss.

joven. Según esto, ofrece suficientes garantías de verosimilitud la opinión de que en 401, a. Chr., contaba unos veintiocho años. Una vez aceptada, queda un espacio de ocho á diez años, durante los cuales pudo Jenofonte permanecer al lado de Sócrates; y no debe tampoco mirarse en manera alguna como cosa extraña, que algunas de sus obras las compusiera hacia el año 355, a. Chr. ¹⁾.

Carecemos completamente de noticias acerca de la progeñe de Jenofonte, pues excepción hecha del nombre de su padre, Grilo, no hallamos ningún otro dato. Parece ser simple invención la especie que encontramos en un escritor posterior, de que, estando prisionero en Beocia, oyó al sofista Pródico ²⁾; y sin duda es una de tantas ficciones á que dieron margen los discursos socráticos, lo que se dice acerca del primer encuentro de Jenofonte con Sócrates ³⁾. De las mismas declaraciones de Jenofonte, se desprende la extraordinaria influencia que en sus determinaciones ejerció este último ⁴⁾. No es menos verosímil, por otro lado, que su resolución de alistarse en la empresa de Ciro, obedeciera en parte á los mismos móviles que él atribuye á Proxeno, á cuya invitación debió dar oídos Jenofonte ⁵⁾. Además de la esperanza de cobrar gloria y prestigio, la perspectiva de acumular riquezas determinóle quizá á incorporarse á la expedición; pero lo que Proxeno no pudo conseguir por haber muerto prematuramente, logrólo por fortuna su colega.

No podemos dejar de reconocer que su determinación de

¹⁾ Que contrajo matrimonio cuando aun sostenia relaciones con Sócrates, parece inferirse del pasaje de un diálogo de Esquines que citamos en la pág. 256 del tomo II. Según las noticias que nos trasmite Demetrio Magnes, en Diógenes Laercio, 2, 52, los dos hijos de Jenofonte habían nacido ya cuando éste se trasladó á Scillus.

²⁾ Filóstrato, en la palabra *Sofista*, 1, 12: Προδίκου δὲ τοῦ Κεῖου ὄνομα τοσοῦτον ἐπὶ σοφίᾳ ἐγένετο, ὡς καὶ τὸν Γρύλου Ξενοφῶντα ἐν Βοιωτοῖς δεδέντα ἀκροᾶσθαι διαλεγομένου, καλίσταντα ἐγγυητὴν τοῦ σώματος. La mención posterior del conocido pasaje de Pródico, que Jenofonte nos ha transmitido en sus *Memorias de Sócrates*, hace verosímil que la referida noticia deba su origen á una combinación basada en esta circunstancia. Mucho menos puede sostenerse que Jenofonte fuera discípulo de Sócrates, como se ha afirmado modernamente.

³⁾ Diógenes Laercio, 2, 48.

⁴⁾ *Anabasis*, 3, 1, 5.

⁵⁾ *Loc. cit.*, 2, 6, 17. En cuanto se dice sobre la amistad de Jenofonte con Proxeno sólo encontramos meras hipótesis. En cambio es perfectamente seguro, según la *Anabasis*, 2, 6, 16, que este último recibió enseñanzas de Gorgias.

unirse á los griegos expedicionarios no le coloca ciertamente muy por encima de los demás jefes de huestes mercenarias, cuyo número aumentó sobre todo desde el término de la guerra peloponense. Como en no pocos de ellos, concurrió en Jenofonte la circunstancia agravante de haber prescindido de las consideraciones y respetos que debía á su patria. Con esta reserva, bien pueden elogiarse la actividad y talentos militares que desplegó este último. No sólo su prudencia y sangre fría parecieron aumentar con el peligro, sino que reunía en alto grado todas cuantas dotes demandaba la buena dirección de una empresa cuyas dificultades podían parecer insuperables. Si el relato de la *Anabasis* es fiel y exacto—é impiden ponerlo en duda así la falta de todo otro testimonio que lo contradiga, como el carácter de la obra, perfectamente libre de toda jactancia y vanagloria—corresponde á Jenofonte una parte importantísima, quizá la principal, en la salvación definitiva de aquel monton de griegos, amenazados por el poderío persa, rodeados por todas partes de pueblos enemigos, aislados de toda comunicación con su patria, y cuya retirada es celebrada en la historia de la guerra como una de las más brillantes, ante todo y sobre todo, por haber hecho imperecedera su memoria la magistral descripción de Jenofonte.

La parte que éste tomó en la expedición á Asia, y el prestigio que por ella alcanzó en su patria, ejercieron en su vida decisiva influencia. Es grandemente dudoso si volvió á Atenas ¹⁾, pero resulta claro é inconcuso que abrazó el partido de Esparta. En 394, a. Chr., asistió como simple consejero á la batalla de Coronea, con lo cual, aunque su opinión no prevaleció, declaróse en abierta hostilidad contra sus propios conciudadanos, y los lazos que aun le unían con Atenas quedaron por completo rotos. Importa poco si en realidad se dictó contra él un decreto de destierro; lo cierto es que Jenofonte no podía regresar á su patria ²⁾. Mas no dejaron los espartanos de dar pruebas de su re-

¹⁾ Lo que se dice en la *Anabasis*, 7, 7, 57, refiérese simplemente á una resolución sobre cuyo cumplimiento no encontramos, sin embargo, dato alguno.

²⁾ Hay gran variedad de opiniones acerca de la época en que Jenofonte fué condenado á destierro, de lo cual hablan Diógenes Laercio, 2, 14, 51. Pausanias, 5, 6, 4, y Dion Crisóstomo, *Or.*, 8. De las palabras de la *Anabasis*, 7, 7, 57, parece inferirse que pudo muy bien ser decretado hacia el año 399. Es á todas luces falsa la noticia de Istro, en Diógenes Laercio, 2, 59, según la cual Eubulo fué el promovedor de esta medida, así como lo fué más tarde de su revoca-

conocimiento, al hombre que tan franca y abiertamente había abrazado su partido: el donativo de tierras en Scillus, comarca del Alfeo ¹⁾, así como la progenie que le adjudicaron, pregonan su gratitud. En este retiro fué sin duda donde Jenofonte compuso la mayoría de las obras sin las cuales su memoria apenas habría llegado hasta nosotros, ó sólo habría alcanzado á producir una impresión poco profunda, y lo que es más, completamente desfavorable.

Por lo demás, Jenofonte no debía permanecer en Scillus durante todo el resto de su vida: el resultado de la batalla de Leuctra el año 2 de la 102.^a Olimpiada, 371 a. Chr., le obligó á abandonar sus posesiones y á establecerse en Corinto. Pero aun tuvo para él otras consecuencias, la repentina é inesperada mudanza que las victorias de Tebas operaron en las mutuas relaciones de los que hasta entonces habían sido Estados enemigos. Con la alianza entre Esparta y Atenas cambió la situación de Jenofonte para con su patria. Pero si bien por razones que ignoramos no quiso regresar á Atenas, no renunció por esto á procurar ser útil con sus consejos á sus antiguos conciudadanos. Según todas las apariencias, permaneció en Corinto hasta su muerte, ocurrida á lo sumo el año 1 de la 106.^a Olimpiada, 355 a. Chr. ²⁾. Mas antes de morir tuvo la desgracia de perder á uno de sus hijos, los cuales, quizá por haber heredado la hermosura varonil de su padre ³⁾, fueron comparados con los Dioscuros. Grilo cayó entre las filas de la caballería ateniense, peleando en la batalla de Mantinea el año 2 de la 104.^a Olimpiada, 363 a. Chr.,

ción. Véase sobre el particular á Cobet, *Novae lect.*, p. 757, y Schenkl, *loc. cit.*, p. 639 y 640.

¹⁾ Véase Dinarco, en Diógenes Laercio, 2, 52, y la *Anabasis*, 5, 3, 7.

²⁾ Según el testimonio de Estesicleides de Atenas, ἐν τῇ τῶν ἀρχόντων καὶ Ὀλυμπιονικῶν ἀναγραφῇ, citado por Diógenes Laercio, 2, 56, debió morir el año 1 de la 105.^a Olimpiada, 360 a. Chr. Pugna, sin embargo, con esta noticia, el hecho de mencionarse en las *Helénicas*, 6, 4, 37, acontecimientos realizados después del año 357, a. Chr., así como la época probable en que vió la luz el tratado sobre las *Rentas*. Mientras que Demetrio Magnes, en el citado pasaje de Diógenes Laercio, sólo habla de que Jenofonte ἤδη δηλὰ δὴ γηραιὸς ἱκανῶς murió en Corinto, Luciano, *Macrob.*, 22, refiere que llegó á la edad de noventa años. No hay para qué hablar de lo que Ateneo, 10, 428 y 429, dice sobre la presencia de Jenofonte en la corte de Dionisio el Antiguo.

³⁾ Véase Diógenes Laercio, 2, 48, el cual dice de Jenofonte: αἰδέμων δὲ καὶ εὐειδέστατος εἰς ὑπερβολήν.

y expiando en cierto modo de tal suerte la falta cometida por su padre para con Atenas. Su muerte produjo viva compasión, y siguiendo una costumbre en aquella época muy generalizada, compusieron en su honor muchos encomios. Al asegurar Aristóteles, quien también escribió un diálogo intitulado *Grilo*, que uno de los fines que los autores de aquellos elogios se proponían, era agradar á Jenofonte ¹⁾, ofrece la prueba de que al fin de su carrera éste gozó de gran autoridad y prestigio.

Pero, aun mucho más que en lo que respecta á la vida de Jenofonte, es sensible que carezcamos de noticias fidedignas acerca de la colección de obras que lleva su nombre. Que en ella están contenidas cuantas producciones suyas conocía la antigüedad, parece inferirse del hecho de no existir vestigios perfectamente seguros de ningún otro trabajo de este escritor ²⁾. En cambio, encierra sin duda la colección obras que en manera alguna pueden atribuirse á Jenofonte, y otras de las que cabe suponer que nos han sido transmitidas en forma muy distinta de la original. Para explicar bien el por qué de todo ello, constituye no pequeño obstáculo la carencia de toda noticia acerca de la época en que se formó esta colección, así como respecto á quién fué su autor ³⁾.

La pintura más exacta de la actividad de Jenofonte como escritor, resultaría indudablemente del examen de sus escritos por el orden en que fueron compuestos; mas semejante empresa tropezaría con insuperables dificultades desde el momento en que, descansando en meras hipótesis más ó menos probables la época en

¹⁾ Diógenes Laercio, 2, 55: φησὶ δὲ Ἀριστοτέλης ὅτι ἐγκώμια καὶ ἐπιτάφιον Γρύλλου μυρία ὅσοι συνέγραψαν, τὸ μέρος καὶ τῷ πατρὶ χαριζόμενοι. Según Hermito, Isócrates escribió también un elogio de Grilo.

²⁾ Un supuesto comentario de carácter ético, á las poesías de Teognis, parece debería ser atribuido más bien á Antístenes. Véase la nota 3 de la página 35 del presente tomo. Era una hipótesis completamente falta de fundamento, la de algunos que, como dice Ateneo, 11, p. 506, c, consideraban el segundo *Alcibiades*, como obra de Jenofonte.

³⁾ Cuanto sobre esto sabemos se reduce á la noticia, ciertamente de importancia muy secundaria, que trae Diógenes Laercio, 2, 56: συνέγραψε δὲ βιβλία πρὸς τὰ τετταράκοντα, ἄλλων ἄλλως διαιρούντων. Según nuestra actual división, constaría de 37 libros, resultado que aproximadamente concuerda con el de 40; sobre todo — y acerca de esto ha llamado ya la atención C. Wachsmuth, en el *Rhein. Museum*, vol. 34, p. 334 — si se considera que las *Helénicas* estaban divididas primeramente en nueve libros, en lugar de los siete de que hoy constan.

que vieron la luz la mayoría de estas obras, el resultado que se obtuviese habría de ser siempre muy inseguro. Aunque sobre la base de un criterio como el que se desprende de la exacta observación de ciertas particularidades en el uso de la lengua — estudio á que no ha mucho se ha dado laudable principio ¹⁾ — se llegaran á obtener conclusiones satisfactorias, la extraordinaria diversidad de asuntos que ofrecen las obras que hoy corren con el nombre de Jenofonte, constituye por sí sola un motivo suficiente á justificar la clasificación de las mismas en determinados grupos. A este fin pueden perfectamente agruparse las obras cuyo verdadero protagonista es Sócrates; por ellas, pues, comenzaremos este estudio, examinando las *Memorias socráticas*, el *Ekónómico* y el *Banquete*.

En su forma actual, las *Memorias de Sócrates* (Ἀπομνημονεύματα) constan de cuatro libros. Los dos primeros capítulos del libro primero no son otra cosa que una introducción á toda la obra, y de ella se desprende con toda claridad cuál fué el verdadero propósito del autor al escribirla, á saber: hacer la apología del maestro, refutando de paso las inculpaciones que á éste se habían dirigido.

Aunque este punto se halla fuera de toda duda y al hacer la crítica de aquella producción ha de apuntarse necesariamente en primer término, es por extremo difícil determinar qué acusaciones pudieron mover á Jenofonte á emprender semejante defensa. De la solución que se dé á tal pregunta depende á la vez la que haya de darse á esta otra: ¿en qué época escribió su obra?

Lo primero que se ocurre pensar — y tal es lo que más á menudo ha sucedido — es que la composición de este trabajo siguió inmediatamente á la sentencia de Sócrates, de suerte que venía á ser como una refutación de las acusaciones contra éste dirigidas por Anito y Meleto. Ciertamente durante su estancia en Asia, al lado de Agesilao, desde el año 399 al 397, a. Chr., pudieron no haber faltado á Jenofonte horas de ocio para dedicarse á escribir; mas el atento examen de las *Memorias* conduce á una serie de consideraciones que inducen á creer fueron compuestas en época pos-

¹⁾ Véase lo que acerca de las obras de Jenofonte observa Dittenberger, *Chronologie der Platonischen Dialoge*, en el *HERMES*, vol. 16, p. 330 y 331, y la opinión de G. Sauppe, *Commentatio de Xenophontis vita et scriptis*, t. 1, p. XIV de su edición, sobre la sucesión cronológica de las obras de aquel escritor.

terior, aun cuando no concedamos más valor que el que corresponde á las cartas de los socráticos, evidentemente apócrifas é inventadas, á la noticia que hallamos en una supuesta producción de Jenofonte ¹⁾, y según la cual las *Memorias* fueron escritas en Scillus. En cambio, el adversario contra quien Jenofonte se revuelve, no podía ser otro que el sofista Polícrates de Atenas, muy conocido, no sólo como maestro de Zoilo, de celebridad tan innecesaria como poco envidiable, sino también en concepto de autor de obras en las cuales, como el mismo Zoilo, gustaba de defender ideas diametralmente opuestas á las generales y corrientes. Bajo este aspecto, su elogio de Busiris, famoso por su crueldad para con los extranjeros, y su acusación contra Sócrates, eran dos obras dignas de figurar la una al lado de la otra.

El intento de Isócrates de enseñar á Polícrates cómo debiera haber tratado el asunto por él escogido, limitase por desgracia al primero de estos discursos; de todas suertes, de lo que acerca del segundo dice ²⁾, se desprende que no debe entenderse en manera alguna, como parece haber sido opinión muy generalizada en época relativamente remota, que fuera una oración pronunciada por encargo de los acusadores de Sófocles ³⁾. Para comprobar la inexactitud de esta hipótesis, los antiguos mismos llamaron ya la atención sobre la alusión que en este discurso hace Polícrates á la reedificación de las grandes murallas, llevada á cabo seis años después de la muerte de Sócrates ⁴⁾. Ahora bien, partiendo del supuesto de que fué el sofista Polícrates el adversario á quien Jenofonte había tomado á su cargo contestar, y contra quien iba dirigido un discurso de Lisias varias veces mencionado ⁵⁾, habrá que convenir en que las *Memorias de Sócrates* no debieron ver la luz antes del año 393, a. Chr.

¹⁾ Carta XVIII, de las atribuidas á los socráticos.

²⁾ Véase *Busiris*, § 4 y ss.

³⁾ Tal había sostenido el primero Hermipo, según Diógenes Laercio, 2, 38, y después otros escritores como Quintiliano, *Inst. orat.*, 2, 17, 4, Eliano, *Var. hist.*, 11, 10, Temíst., *Orat.*, 2, p. 38, y el autor de la carta XIV de los socráticos. Suidas, en la palabra Πολυκράτης habla de dos discursos.

⁴⁾ Diógenes Laercio, 2, 39: Φαβωρίνος δέ φησιν ἐν τῷ πρώτῳ τῶν ἀπομνημονευμάτων μὴ εἶναι ἀληθῆ τὸν λόγον Πολυκράτους κατὰ Σωκράτους: ἐν αὐτῷ γάρ, φησί, μνημονεύει τῶν ὑπὸ Κόνωνος τειχῶν ἀνασταθέντων, ἃ γέγονεν ἔτεσιν ἕξ τῆς τοῦ Σωκράτους τελευταίας ὕστερον· καὶ ἔστιν οὕτως ἔχον. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 662 y siguientes.

⁵⁾ *Schol. Arist.*, t. 3, p. 320 y 480 de Dindorf.

Por su forma, las *Memorias socráticas* pertenecen á un género á menudo cultivado en la antigüedad, sobre todo cuando se trataba de apuntes de discursos dirigidos por los filósofos á sus discípulos. Y hay que advertir que no determinaba diferencia alguna en la índole de aquellas producciones, el que estos discursos fueran meras disquisiciones improvisadas é incidentales como las de Sócrates, ó verdaderos discursos didácticos ¹⁾. Quizá la obra de Jenofonte es el primer ensayo de esta clase de trabajos ²⁾, el cual contiene al mismo tiempo no escaso número de los llamados apotegmas: máximas sencillas, enérgicas y concisas, muy del gusto de los antiguos, por parecerles las más apropiadas para facilitar y mantener vivo el trato y comunicación con los hombres notables de las edades pasadas.

Claro es que en este linaje de obras en que sólo se trataba de reproducir simples diálogos, no había que esperar un plan propio y determinado. El de Jenofonte no consiste en realidad en otra cosa que en la simple sucesión de partes que mutuamente se completan, sin que se advierta el menor vestigio que revele el intento de enlazarlas y combinarlas en un orden verdaderamente sistemático. Así como el cuerpo de la obra va precedido de una introducción, así el final no es ni más ni menos que una especie de breve epílogo destinado á formar, con los rasgos y cualidades que resultan de las descripciones y relatos precedentes, un retrato, incompleto, es verdad, del hombre ³⁾ en cuya defensa se acude, con la simple reproducción de las mismas máximas y doctrinas que brotaron de sus labios. La falta de cohesión de que no puede negarse adolece ésta clase de producciones por efecto de su propia estructura, hace posibles posteriores modificaciones, bien por la supresión de algunas partes de la obra original, bien

¹⁾ Bajo este punto de vista, necesita ser completada la obra de E. Köpke, *Ueber die Gattung der απομνημονεύματα in der griechischen Litteratur*, Brandenburg, 1857.

²⁾ Sólo de esta suerte parece que puede interpretarse el pasaje de Diógenes Laercio, 2, 48: καὶ πρῶτος ὑποσημειωσάμενος τὰ λεγόμενα εἰς ἀνθρώπους ἤγαγεν, ἀπομνημονεύματα ἐπιγράψας· ἀλλὰ καὶ ἱστορίαν φιλοσόφων (φιλόσοφον?) πρῶτος ἔγραψε. El escoliasta de Aristides, t. 3, p. 718 de Dindorf, es el único que dice: Ξενοφῶν δὲ ἐν τοῖς ἀπομνημονεύμασι Σωκράτους; lo cual alude al pasaje 2, 7, de las *Memorias*.

³⁾ Prescindimos aquí del final del capítulo VII y de todo el VIII del libro IV, que con evidente sinrazón han sido considerados como posteriores adiciones. Quizá el principio del libro IV es resultado también de una refundición posterior.

por la adición de otras; y ofrece por ende á tales cambios un campo mucho más ancho, que el que ofrecer pueden los escritos cuyo asunto es uno, perfecto y acabado. Hay que advertir que sería tanto más aventurado afirmar, como se ha intentado modernamente, que ciertas partes de esta obra sólo pudieron ser compuestas bajo la influencia de las doctrinas estóicas ¹⁾, cuanto que en muchos puntos las ideas de Jenofonte parecen estar más en armonía con las de Antístenes que con las de Platon.

De todo lo dicho se infiere que no hay que buscar en esta obra una exposición propiamente artística del asunto y mucho menos el arte en la manera de desarrollar los distintos diálogos. No se encuentra apenas vestigio alguno de que Jenofonte se propusiera enlazar entre sí los diálogos por medio de transiciones hábiles. Aparte muy contadas excepciones, el autor expone con gran concisión el tema sobre el que ha de consignar luego la opinión de Sócrates y el cual debe constituir el asunto de una discusión más ó menos amplia. Los interlocutores y aun los meros oyentes, personajes reales unos y otros, figuran como testigos, con el objeto ostensible de hacer creer que se trata de verdaderos diálogos de Sócrates. En pocos casos reproduce el autor diálogos que sólo conociera por referencia ²⁾, pues los más son de aquellos que él mismo había tenido ocasión de escuchar. Acaso pueda parecer extraña la circunstancia de que Jenofonte sólo una vez intervenga directamente en el diálogo ³⁾; este hecho, sin embargo, puede muy bien atribuirse á razones analogas á la que explican esta misma conducta en Platon, á saber: la aversión general en los primeros tiempos á llevar á la escena la propia persona.

La cuestión de hasta qué punto los diálogos que constituyen las *Memorias* pueden ser considerados como reproducción fiel y exacta de lo manifestado por Sócrates ⁴⁾, no es en el fondo dis-

¹⁾ En este sentido ha hecho una crítica tan detenida como caprichosa, A. Krohn en su obra *Sokrates und Xenophon*, Halle, 1874.

²⁾ Por ejemplo, el libro 4, 8, 4: λέξω δὲ καὶ ἃ Ἑρμογένους τοῦ Ἰππονόου ἤκουσα περὶ αὐτοῦ.

³⁾ Libro 1, 3, 8. No es ciertamente casual el que al principio aparezca el nombre de Jenofonte.

⁴⁾ Para demostrar esto, se ha pretendido utilizar las palabras arriba citadas de Diógenes Laercio, 2, 48, interpretando el vocablo ὑποσημειωσάμενος en el sentido de anotación tomada en signos taquigráficos. Véase Gardthausen, en el *HERMES*, vol. 11, p. 446. Una cosa parecida cuenta Diógenes Laercio, 2, 122, del